

Doc. 93
80 %
23/04
0

261.5
4

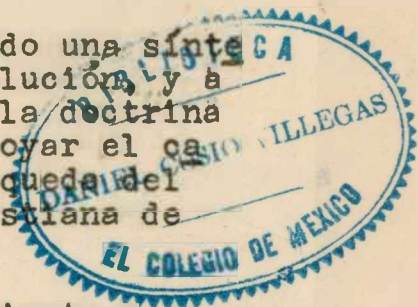
EL CRISTIANO Y LA REVOLUCION

J.M. González Ruiz
(para uso privado)

Cuál debe ser la postura del cristiano ante las fuerzas opuestas del capitalismo y el socialismo? Cómo comportarse ante la lucha de clases? El Padre González Ruiz, canónigo de Málaga y especialista en exégesis paulina y en cuestiones marxistas, intenta, en este artículo, un estudio comparativo de la doctrina cristiana con los principios de la revolución socialista.

El texto que aquí reproducimos fué leído en una reunión de Agape (Turín), en agosto de 1966. Publicado sucesivamente en la Revista española de espiritualidad "Surge" (Vitoria), ha sido reproducido en febrero de este año en el "Boletín de la HOAC" de Madrid, secuestrado por la autoridad judicial española, a pesar de que el texto tiene dos "imprimatur" eclesiásticos: del obispo de Vitoria y del de Málaga. El autor está actualmente en espera de proceso.

El P. González Ruiz comienza su artículo presentando una síntesis de la concepción marxista-leninista de la revolución, y a continuación analiza estos principios a la luz de la doctrina cristiana. Los cristianos, concluye, no pueden apoyar el capitalismo, porque su principio fundamental, la búsqueda del beneficio, se opone radicalmente a la doctrina cristiana de fraternidad y de amor.



Los cristianos, pues, deben participar en el movimiento revolucionario para instaurar el socialismo (nótese que se habla del socialismo en general, y no del socialismo tal como puede aparecer concretizado en uno u otro partido; se trata del socialismo en cuanto sistema que se opone a la explotación de una clase por otra). La Iglesia debe dejar a los fieles libertad plena para participar en este movimiento ascendente de la historia, evitando sobre todo el peligro de crear, después de una cristiandad feudal, una cristiandad burguesa y una cristiandad democrática, una cristiandad socialista.

261.83
1795
20.1

EL COLEGIO DE MEXICO
261.83/V795/doc. 1-18

3 905 0139380 U

 Biblioteca Daniel Cosío Villegas
Inventario 2007
Londres, 1944

I - LA REVOLUCION

Cuando se habla de la actitud del cristiano ante la revolución, se trata naturalmente de la revolución social, económica y política, tal como es exigida por un empuje profunda y seriamente socialista.

En un primer momento, por revolución se entiende el paso del poder estatal de una clase a otra. No se trata del paso del poder de un hombre a otro, quedando intactas las situaciones objetivas: no es un mero relevo.

Ni siquiera se puede decir que todo paso del poder de una clase a otra sea una verdadera revolución: efectivamente puede ocurrir que la nueva clase que se apodera de las riendas del poder tenga el mismo grado de caducidad que la clase desplazada. En este caso se trata de una contrarrevolución. Hace falta que la nueva clase dueña del poder sea una clase ascendente, una clase revolucionaria, capaz de crear nuevas estructuras que superen la caducidad de los grupos derrotados.

Además, no basta destruir la clase caduca: es necesario tener ya preparada la nueva clase capaz de crear eficazmente el orden nuevo que se intenta establecer. Esto quiere decir que hay que crear pacientemente las condiciones objetivas que hagan posible el nacimiento y la maduración de la nueva clase preparada para dirigir la historia en su propio sentido.

Estas situaciones objetivas de maduración revolucionaria no se pueden obtener a través de reformas y concesiones especiales hechas por las clases dominantes. Esto sería el reformismo o revisorismo. Si una revolución es verdaderamente necesaria, quiere decir que el mecanismo estructural está íntimamente corrompido; y una corrupción esencial no se puede superar con pequeñas reformas que no alcancen a la profunda realidad de las cosas. Una auténtica revolución es una apertura, no una mezquina aperturita.

En el caso de la revolución socialista, el capitalismo pretende sobrevivir haciendo concesiones a la clase obrera para prolongar la propia situación. En este sentido, el reformismo o revisionismo es el mayor enemigo de la auténtica revolución: todo producto auténtico tiene su más peligroso competidor en el sucedáneo que aparentemente se le asemeja. Realmente, los falsos socialistas de derecha han comprendido bien esta necesidad de ofrecer al mercado estos óptimos sucedáneos seudo revolucionarios, y así, el "socialista" inglés H. Laski escribe: "Históricamente, la amenaza de la revolución no conoce más que esta respuesta: reformas que infundan esperanza y estímulo a aquellas personas a las cuales, en caso contrario, se dirigirán los revolucionarios con reivindicaciones irresistibles" (Reflections on the Revolution of our Time, p. 24, Londres, 1944).

Concretando los rasgos de la revolución socialista, hay que decir que ésta se distingue de las demás, porque estas últimas se limitaban a sustituir una forma de explotación por otra. Por el contrario, la tarea de la revolución socialista no se reduce a cambiar la forma de explotación, sino que pretende eliminar completamente la explotación misma. El medio para alcanzar este objetivo es hacer desaparecer la división de clases en el seno de la sociedad humana.

Ahora bien, como la clase explotada es la clase obrera, ésta es la única que puede llevar a su término esta lucha. La clase obrera debe tomar las riendas del movimiento ascendente de la historia. Así el proletariado pasa al primer plano del escenario de la aventura humana.

Para llegar a la victoria, no es estrictamente necesaria la violencia, pero sí la eficacia. En la más estrecha ortodoxia socialista - y aún comunista - no se exige la violencia como algo o apriorísticamente inevitable. Los clásicos del marxismo leninismo subrayan frecuentemente que el proletariado preferiría tomar el poder pacíficamente para transformar la sociedad capitalista en comunista. La clase obrera, dicen, tiene un gran interés en que la revolución se desarrolle por vía pacífica, ya que esta vía reduce el número de las víctimas y permite evitar la destrucción de fuerzas productivas, como ocurre inevitablemente en toda guerra civil. Y si casualmente la clase obrera se ve obligada a hacer uso de las armas, esto se debe a la resistencia de las clases explotadoras, que son las primeras en emplear la represión violenta.

Estos son los rasgos esencialísimos de la revolución socialista en el sentido más estricto de la palabra, tal como la exponen los clásicos del socialismo en general, y del marxismo-leninismo en especial.

Ahora, nuestra tarea será examinar estos principios y sobre todo esta praxis a la luz del mensaje cristiano, partiendo de la Biblia misma y tomando también en cuenta la actitud ideológica de nuestra Iglesia respectiva, en mi caso, de la Iglesia católica.

II - PARXIS CRISTIANA FRENTE A LA REVOLUCION

1. El cristiano en la alternativa capitalismo-socialismo

El capitalismo, como estructura económico-social y política, se define por las cuatro leyes que rigen su evolución económica y su transformación.

La primera y principal de estas leyes es la busca del provecho. La economía capitalista es una economía de mercado, o sea la producción no está hecha para satisfacer las necesidades del productor inmediato, sino para ser llevada al mercado. Y este objetivo de venta en el mercado no es para hacer un servicio a la humanidad, sino para tener una ganancia, llamada provecho.

La busca del provecho es el objetivo del empresario capitalista. Así pues, el provecho es el móvil de la economía capitalista.

A esta ley primordial del provecho se añaden otras tres: la concurrencia entre los mismos capitalistas para vender el propio producto, la concentración de los instrumentos de producción y de la misma producción en manos de un número cada vez más reducido de capitalistas, y la progresiva reducción de la tasa de provecho para asegurar la primacía en la concurrencia.

Visto en su esencia, tal como lo hemos descrito sumariamente, el capitalismo debe ser considerado por la moral cristiana como intrínsecamente perverso.

La moral cristiana es una moral de amor al prójimo; el capitalismo estructuralmente nace de la base del provecho. En una sociedad capitalista no se puede imaginar una verdadera Iglesia de Cristo, sino en una situación misionera. Su verdadera tarea sería la denuncia profética: aquélla es una sociedad toda ella en pecado, invadida estructuralmente por el egoísmo como motor supremo de su dinámica de expansión. La instalación de la Iglesia en una sociedad capitalista lleva consigo gérmenes de apostasía al evangelio. No podemos negar que a la sombra de este ambiente capitalista ha nacido y se ha desarrollado una praxis seudo-teológica que considera como única tareade la Iglesia la llamada "salvación de las almas" entendida en un sentido espiritualista y angelista de absoluta evasión. La crítica de Marx contra la religión se emplaza en este contexto: el grupo explotador en la sociedad capitalista encuentra en la religión una aliada magnífica, ya que la salvación prometida por la religión sería siempre una salvación individual: en vez de procurar ayudar a los hermanos a liberarse de su miseria, el creyente se instala en el "egoísmo cristiano de la salvación", cuidándose sólo de la salvación de la propia alma (La cuestión judía, MEGA I, 1;1, p, 703).

Si se pudiera hablar de una "antropología bíblica"; habría que decir que es el hombre total el que ocupa en ella el primer plano. La Biblia tiene un interés por el hombre histórico, concretamente por el hombre material. Ha sido la Biblia la que ha introducido en la cultura humana el sentido de historia lineal y unitaria del proyecto humano. Y este proyecto está esencialmente vinculado a la evolución de la materia. Se podría, pues, hablar de cierto materialismo bíblico, cuya máxima expresión se encuentra en la fe en la resurrección corporal.

La lectura de las epístolas paulinas, sobre todo el capítulo 15 de la primera carta a los corintios, pone de relieve el papel esencialísimo de la resurrección en la mística primitiva cristiana. Ahora bien en esta mística supuestamente cristiana, que ha estado en uso en los últimos siglos, la resurrección apenas encuentra lugar: hay momentos en que el creyente se pregunta en serio para qué sirve la resurrección de los cuerpos, ya que el alma es considerada como la única realidad impor

tante del complejo humano. Sin embargo, san Pablo afirmaba categóricamente que sin la fe en la resurrección la fe en Cristo no tendría sentido, sería una auténtica alienación.

En una palabra: la espiritualización indebida de la soteriología cristiana es una perversión del mensaje evangélico sobre el hombre; y no se puede negar que la instalación de la Iglesia en una sociedad capitalista ha condicionado fuertemente la mentalidad de los cristianos, haciéndolos conformistas y evasivos. Instintivamente los "amos" de esta sociedad han explotado esta perversión, que les hacía servicios no desdeñables.

Se podría, pues, hablar de una herejía típicamente capitalista: la atención excesiva al espíritu y al individuo, descuidando el cuerpo y su inserción en una historia dialécticamente dinámica y estrechamente vinculada a una evolución material.

Así se comprende la facilidad con que el capital se ofrece para las grandes empresas cultuales y litúrgicas. El culto suntuoso y fastuoso crea una especie de embriaguez espiritual, que sirve de clima estabilizador de la situación creada por los "amos".

Para nosotros los católicos el Concilio Vaticano II ha dado un gran paso, religándose a la más pura antropología bíblica. En varios lugares se afirma claramente que "la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino más bien aporta nuevos motivos para su ejercicio" (GS 21). Y todavía más claro: "Se equivocan los cristianos que, con el pretexto de que aquí no tenemos ciudad permanente, creen poder descuidar las tareas temporales; estos tales no se dan cuenta de que la fe propia es un motivo que nos obliga a un más perfecto cumplimiento de todas estas tareas, según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de los que piensan poder entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fueran completamente extraños a la vida religiosa, imaginando que ésta se reduce solamente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales" (GS 43).

Como conclusiones de estas consideraciones sumarias se puede decir que una verdadera Iglesia evangélica no puede vincularse estructuralmente a una sociedad de tipo capitalista: solamente puede insertarse en la comunidad humana de aquella sociedad asumiendo su verdadero papel profético, o sea en actitud de denuncia habitual del sistema que da origen y cohesión a aquella sociedad.

En la historia del cristianismo primitivo tenemos un claro paralelo: los cristianos se encontraron ante una sociedad piramidal en cuyo vértice se colocaba un "amo" que se atribuía el título de "señor", de "dios", para sus súbditos. Ahora bien, los cristianos se negaban obstinadamente a atribuir al "amo"

de la sociedad romana el título de "señor". El grito cristiano de los mártires "Kyrios Christos" (El señor es Cristo) se contraponía al grito de la turba que aclamaba al "amo": "Kyrios Kaisar" (El César es Señor). No era sólo cuestión de palabras: detrás de la aclamación había toda una actitud política, que era considerada inmoral por los cristianos. Por eso podemos comprender que la defensa del Imperio contra los rebeldes cristianos era fuertemente razonable, partiendo de los principios constitutivos de aquella sociedad que podríamos llamar de "explotación señorial".

En forma semejante, los cristianos de hoy deberían considerarse extraños en medio de la sociedad capitalista donde el dios "pro-vecho" reina por doquier. Por eso la evangelización de la comunidad humana insertada en el mundo del capital no se puede hacer a base de pactos y concordatos con el capital, sino asumiendo una actitud de denuncia habitual de la estructura egoísta que da vida a aquella sociedad. En la época moderna se ha repetido el caso de Constantino: el constantinismo se realizó insertando a la Iglesia en la estructura del poder y haciéndola solidaria del mismo poder. El neoconstantinismo se realiza insertando a la Iglesia en la estructura del capital, que se le ofrece para financiar la evangelización. Y así la palabra de Dios queda encadenada con los fortísimos vínculos de los intereses financieros. Esta es la tragedia de nuestra Iglesia católica en tantos países occidentales: los pastores pierden frecuentemente la conciencia de su papel profético y se duermen en la dulce embriaguez de un culto financiado por los grandes amos del capital, que aprietan a la Iglesia con los vínculos áureos de sus espléndidas limosnas. Nuestra mano cristiana ha perdido la sensibilidad evangélica y no se quema ya al recibir el oro diabólico de los "cristianistas" explotadores de nuestra sociedad.

Hoy, de hecho, frente al capitalismo no se alza otra alternativa más que el socialismo. Para definir la actitud de los cristianos frente al socialismo, tomamos éste en su significado más amplio, aunque concretado en el socialismo verdaderamente científico, y no en el utópico. Este último se distingue por el exceso de buena voluntad, pero está lejos de un análisis objetivo, serio y científico de las causas que han engendrado la estructura capitalista y de los métodos válidos para sustituirla con otra verdaderamente socialista, o sea donde la explotación se haga "estructuralmente" imposible. La Iglesia católica en la Constitución conciliar sobre la Iglesia en el mundo moderno ha tomado claramente posición a favor de esta vía científica hacia el socialismo: "El desarrollo debe quedar bajo el control del hombre. No debe quedar en manos de algunos pocos o de grupos económicamente poderosos. Por el contrario hace falta que, en todo nivel, el mayor número posible de hombres y el conjunto de las naciones en el plano internacional puedan tomar parte activa en la orientación del desarrollo" (GS 65). Naturalmente la Iglesia no propone una "vía católica al socialismo": por primera vez en su historia moderna, renuncia a crear el "tipo cristiano" correspondiente al tipo humano usual en la sociedad contemporánea.

En otras palabras: cuando en una fecha todavía no lejana la Iglesia se reconcilió con la democracia, se sacó de la manga su propia democracia: la "democracia cristiana". El Concilio Vaticano II es un gran paso adelante: la Iglesia, volviendo a sus principios, se reconcilia ciertamente con el socialismo, pero renuncia abiertamente a crear su propio socialismo: un socialismo cristiano.

La postura, pues, de la Iglesia como tal frente al socialismo, es de claro estímulo a los cristianos para crear el camino que más eficazmente conduzca a esta situación de superación de la estructura de la "explotación institucionalizada", o sea el capitalismo.

Realmente se han hecho algunas tentativas para crear un socialismo cristiano, pero han caído en un merecido descrédito. Honradamente hay que reconocer la verdad de la crítica hecha por Marx contra semejantes tentativas: "Nada más fácil que dar un tinte de socialismo al ascetismo cristiano. No se opuso también el cristianismo a la propiedad privada, al matrimonio y al Estado, Y, en su lugar no predicó la caridad y la mendicidad, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano no es otra cosa que el agua bendita con la que el cura consagra el desafío de la aristocracia" (Manifiesto del Partido Comunista, 1848). Ciertamente la crítica de Marx es exagerada, y hoy no es compartida, en esta forma excesivamente simplista, por los mejores pensadores marxistas, sobre todo italianos y franceses. Pero el fondo de la cuestión queda todavía intacto y extraordinariamente válido: el cristianismo es solamente una religión, y no un humanismo./ Esto no quiere decir que el cristianismo descuide la tarea humanizadora que pesa sobre los hombros de todo miembro de nuestra raza. De nuevo el Concilio Vaticano II ha sabido encontrar la expresión exacta: "la plenamente humana" (GS 11).

Cuál será, pues, la contribución específica de la Iglesia a la construcción revolucionaria del socialismo? Fundamentalmente su tarea se reduce a dar testimonio, a través de sus fieles, de una ética y una mística de fraternidad universal y de amor al prójimo, que condicionará muy positivamente la praxis socializante. Es lástima que todavía en la gran patria del socialismo, la Unión Soviética, se trate con tanta superficialidad a los mejores exponentes de la nueva ética cristiana, decididamente socializante. Y así, en la obra Fundamentos de la filosofía marxista, de F. V. Konstantinov (Traducción española, Méjico, 1965, p. 649) se hace esta mezquina descripción del "personalismo cristiano": "El personalismo está vigente en los Estados Unidos (con R. T. Flowering, W. E. Hocking y E. S. Drightman), en Francia (con Emmanuel Mounier) y también en algunos otros países capitalistas. Desde el punto de vista del personalismo, el universo es un orden jerárquico de personas; son personas todos los cuerpos de la naturaleza, los seres vivientes, el hombre y finalmente Dios, la persona absoluta.

Al proclamar que el principio de individualidad es un principio cósmico, los personalistas declaran que los derechos humanos, la afirmación de la personalidad humana y de la libertad del hombre constituyen la piedra angular de la existencia. Sin embargo, todas estas declaraciones no pasan de ser un escaparate publicitario, detrás del cual se esconde un contenido diametralmente opuesto; porque en realidad los filósofos personalistas propugnan y sancionan la esclavitud y la humillación de la personalidad humana, ya que por encima de los individuos ponen la voluntad de Dios; la persona divina; de la que la persona concreta y real es un puro reflejo.

No se puede juzgar con tanta injusticia a un hombre como Mounier, que hizo afirmaciones tan tajantes como ésta: Revolucionario quiere decir simplemente, pero realmente, que el desorden de este siglo es demasiado íntimo y demasiado obstinado para ser eliminado sin derramar nada, sin una revisión profunda de los valores, una reorganización de las élites.

Y en otro lugar: Hablar de revolución en nuestra era industrial y pensar que esta revolución se hará sin que la clase obrera sea la punta perforadora, es una puerilidad que sólo es creída por la ambición política o por la ingenuidad de algunas mentes obtusas" (Introducción de una encuesta entre jóvenes intelectuales: "Las certidumbres difíciles" con el título "Debate en alta voz").

Mounier ha sido un profeta clarividente del nuevo planteamiento político de la ética cristiana: "Algunos - escribía en la Agonía del cristianismo - no están lejos de identificar la revolución con el reino de Dios, como sus antepasados confundieron la monarquía con el teocentrismo, el orden burgués con el orden cristiano. Por consiguiente, es igualmente absurdo llamarse revolucionario en cuanto cristiano y llamarse monárquico en cuanto cristiano. Cualquier orden nuevo es, en potencia, un orden establecido. Cualquier contrafariseísmo lleva en sí el germen de un nuevo fariseísmo. El cristianismo no está de ninguna manera interesado en sustituir el conformismo de derechas con un conformismo de izquierda, el clericalismo conservador con un clericalismo revolucionario; en ahogar la revolución necesaria en una religiosidad filantrópica que debilitaría la acción revolucionaria y al mismo tiempo evilecería la religión."

2.- El cristiano y la lucha de clases

El problema que nos preocupa se limita a la lucha de clases en el sentido estricto de la palabra: la lucha entre el proletariado y la burguesía. En esta lucha el proletariado es consciente de su destino histórico: es él el protagonista de esta lucha. El objetivo de esta lucha es la desaparición de cualquier clase social explotadora; no es un mero relevo, sino una inversión de la situación económico-social capitalista.

El aspecto moral de la lucha de clases es uno de los grandes puntos de fricción entre el cristianismo y el socialismo.

El primero y mayor reproche que socialistas y comunistas hacen al cristianismo es el hecho de que bendiga la división de clases y las establece con los consejos de resignación a los pobres y de "caridad" a los

ricos , ofreciendo a ambos una compensación celestial en el más allá.

No hace falta mucho tiempo paracoger el toro por los cuernos; nuestro punto de partida es reconocer humildemente que esta realidad ha envilecido nuestra historia cristiana; pero debemos confesar que, al hacer esto, los cristianos se han equivocado en cuanto cristianos.

En primer lugar, la aparición del cristianismo se presentó como verdaderamente revolucionaria en este sentido: el grito paulino: "No hay ya esclavo ni amo" (Gal. 3.28) hay que entenderlo en su verdadero contexto histórico. Es inútil decir que Pablo pensaba solamente en una igualdad puramente espiritual y religiosa, dejando intacta la desigualdad social. en primer, la mentalidad bíblica de Pablo no le permitía desintegrar al hombre; aún más, como ya hemos visto, la dimensión material del hombre formaba parte esencial de la antropología soteriológica de Pablo.

Además, en los dos mundos - judío y griego - en los que se movía Pablo, había una estrecha vinculación entre la actitud religiosa y la social. Los templos de los libres no estaban abiertos a los esclavos: por consiguiente, reunirse esclavos y amos en el mismo lugar sagrado y participar de la misma ceremonia era ya un germen fortísimo de inversión social.

En el capítulo II de la primera carta a los corintios, Pablo reprocha a los ricos el que hayan introducido en la asamblea eucarística la división socioeconómica que, en punto de partida, dividía a los cristianos ricos de los pobres. La participación litúrgica del mismo pan y del mismo vino es ya el comienzo de una superación de aquella división social, proféticamente denunciada por el apóstol en su gran grito revolucionario. Por eso da esta regla fundamental para los que se acercan al sagrado rito: "Valorar el cuerpo del Señor", o sea darle su verdadero valor aglutinante de la comunidad de los creyentes: así que si una comunidad cristiana continúa teniendo en su seno diferencias sociales (esclavos y amos) quiere decir que "se hace responsable del cuerpo y de la sangre del Señor".

Después, en un segundo momento, viene la casuística: aquella división estructural no se podía cambiar radicalmente en un momento: el proceso evolutivo de aquella sociedad era lentísimo; el cristianismo no -- era una técnica revolucionaria, sino una mística religiosa que empujaba a los creyentes a comprometerse en movimientos eficaces de superación de las clases divididas. Así se comprende que Pablo y los demás escritores de la primera generación cristiana dieran consejos que aparentemente parecen contrarios a aquel empuje revolucionario de su gran grito. Pero también aquellos consejos episódicos encierran el germen de superación de la situación dividida: basta leer la maravillosa carta de Pablo al "amo" cristiano Filemón entregándole su antiguo esclavo Onésimo. Esta dialéctica entre los principios y la realidad fatal no hay que olvidarla nunca. La gran tentación de la Iglesia ha sido la de elevar a la categoría de principios aquellos consejos casuísticos que hay que dar en momentos de una fatal éxtasis del empuje revolucionario de la historia.

Los marxistas no han dejado nunca de reconocer un robusto germen revolucionario en la fe cristiana. Recientemente R. Garaudy (De l'anathème au dialogue, París, 1965, p. 42 y s.) pone de relieve el hecho de que

toda la historia de la Iglesia está atravesada por una dialéctica interna que se mueve entre dos "polos": el constantiniano y el apocalíptico. Yo preferiría llamar a este último: "polo profético".

En una palabra, no es "ortodoxo" decir que el cristianismo como tal supone una estabilización del "desorden establecido" por la inhumana división de la sociedad en dos clases fundamentales: la de los oprimidos y la de los opresores. Siempre que el cristianismo actúa en esta forma "estabilizadora" ha traicionado lo más esencial de su mensaje.

El segundo punto de fricción en este problema de la lucha de clases es precisamente el concepto de "lucha". Esta es una palabra que espanta a tantos oídos cristianos, los cuales, por el contrario, están acostumbrados a la palabra "cruzada". Como ya hemos visto, "lucha" no quiere decir necesariamente "violencia": la lucha del proletariado para llegar a la superación de una sociedad dividida en clases puede hacerse a través de una vía pacífica.

Pero hay momentos en que la vía pacífica es imposible, y entonces hay que recurrir a la violencia. Ahora viene nuestra pregunta: ¿Hay algún freno, para el creyente, que le impida participar en esta lucha, sobre todo en su aspecto violento?

Para responder a esta pregunta, basta buscar los principios clásicos de la moral cristiana sobre el derecho de defensa propia contra el agresor injusto. Hoy, en una sociedad capitalista, hay un agresor injusto permanente, que es la clase dominante. Esta agresión no siempre se presenta bajo aspectos estridentes: las ciudades parecen pacíficas y los ciudadanos presentan un rostro alegre y satisfecho. Pero la miseria está pudorosamente escondida; y no solamente la miseria, sino la impotencia de grandes sectores de la sociedad, que no pueden traspasar los límites de su penuria social, económica, cultural. En este caso - podemos hablar de una violencia ejercida por la clase dominante, que se convierte así en un agresor permanente de la mayoría de los ciudadanos. Nos encontramos, pues, exactamente en el caso descrito por la moral clásica: las víctimas de la agresión tienen el derecho de rechazar la agresión servato moderamine inculpatae tutelae: intentando moderar la defensa legítima.

Naturalmente, descendiendo al plano de la realidad concreta, no será siempre fácil determinar los modos con que los cristianos podrán comprometerse en esta lucha. Pero el hecho esencial está fuera de discusión: en punto de partida, los cristianos no solamente tienen el derecho, sino el deber de ocupar su puesto en la legítima lucha del proletariado para crear una sociedad en donde no sea posible la existencia de un agresor injusto permanente. Cuando los cristianos se reúnen para comer la Cena del Señor, no deben hacer política en el sentido técnico de la palabra, pero sí deben hacer un riguroso examen de conciencia colectivo sobre sus deberes de comprometerse en todo movimiento creador y humanizador.

El Concilio Vaticano II nos estimula claramente en este sentido: "Cada día es mayor el número de los hombres y mujeres, de cualquier grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. En todo el mundo crece cada vez más el sentido de la autonomía y, al mismo tiempo, de la responsabilidad, lo cual tiene enorme importancia en pro de la madurez espiritual

y moral del género humano. Esto se ve más claro si fijamos la mirada - en la unificación del mundo y en la tarea, que nos ha sido impuesta, - de edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia. De esa manera somos testigos de que nace un nuevo humanismo en el que el hombre - queda definido principalmente por su responsabilidad hacia sus herma--nos y ante la historia"(GS)55).

Aquí tenemos una óptima palabra de orden: la responsabilidad del cristiano para con sus hermanos y ante la historia. Los cristianos no tenemos glándulas propias, diversas de las que los demás, que segreguen situaciones históricas determinadas. Somos solamente testigos de una realidad que nace ante nosotros y de la que somos discípulos como todo el resto de la humanidad. No existe un humanismo cristiano: existen - cristianos que se comprometen, aun en nombre de su fe, en el proceso - constante y ascendente de la hominización universal.

Si, pues, en este proceso de hominización se presenta la urgencia de - una lucha inevitable, el cristiano sabe que el "paralelo"de la hominización pasa por el interés de los oprimidos, y no por el provecho de los opresores.

Naturalmente, la presencia de los cristianos en esta eventual lucha de clases llevará consigo los condicionamientos propios de la moral evangélica. Pero hay que reconocer que esta moral evangélica no es algo - pre-establecido, sino más bien un empuje fortísimo a inventar nuevas - actitudes frente a aquella realidad imprevisible que en la Biblia se - llama "prójimo". El prójimo no se sabe quién es: es siempre un desconocido, y la actitud del creyente frente al prójimo es una pura opción. Los prójimos no se pueden escoger por anticipado; no podemos permitirnos el lujo de preferirlos "prójimos"más interesantes. El prójimo es una realidad trascendente en cierto sentido, que irrumpe en nuestra vida y nos obliga a inventar constantemente nuestra actitud moral.

Nosotros los cristianos participamos en esta lucha cargados de amor, de esperanza y también de angustia. Tendremos que hacer ensayos, equivocarnos, rectificar, no somos hombres seguros, sino buscadores de amor a través de las situaciones más difíciles.

Entre todos tenemos que crear una moral y una mística de la revolución pero no escapar nunca del campo de batalla en donde se juega el porvenir de una humanidad explotada que intenta crear nuevas estructuras -- donde la explotación no pueda ser institucionalizada.

3.- La superación de una alternativa moral.

Pero para llegar a este punto, hay que superar ante todo una falsa alternativa moral. Los marxistas reprochan frecuentemente a los cristianos el que tengan una moral del individuo que únicamente presente una perspectiva aislada y egoísta: la "salvación del alma"es considerada como una evasión de las tareas inmediatas que incumben al hombre en su papel de creador de sí mismo, de la propia historia.

Los cristianos, por el contrario, reprochan a los marxistas el que consideren al hombre solamente como una pieza del grandioso mecanismo dialéctico que se construye con leyes independientes de los pequeños problemas que acosan al individuo.